

## *La Universidad Complutense y el Quinto Centenario*

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

*Director*

En los recientes seminarios interdisciplinarios organizados por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad Complutense, al tratarse, en el correspondiente al Americanismo en la Complutense, cuáles podían ser las aportaciones de la Universidad a la conmemoración del V Centenario, se apuntaron muchos y muy importantes objetivos y metas que poco a poco —a medida que las posibilidades económicas lo permitan— irán alcanzando nivel de realidad. La primera de ellas es la conversión de esta Revista, que venía publicándose por el Departamento de Historia de América, gracias a la ayuda que le prestaba el presidente del Banco Exterior de España Fermín Zelada de Andrés Moreno, en *Revista de la Universidad Complutense*, publicada por la Editorial de la misma e integrada, de modo definitivo y concluyente, en el Alma Máter de la cual nunca salió.

Se ha discutido mucho la oportunidad de la conmemoración de un hecho, tan relevante como es el descubrimiento del Nuevo Mundo, por la nación descubridora, bajo la eficaz dirección de la Corona —cuyo prestigio en ese Nuevo Mundo se mantiene incólume— y el esfuerzo, la tenacidad, «la sangre, sudor y lágrimas» del pueblo que, con escasos medios llevó a cabo lo que un historiador del siglo XVI nacido en Sevilla y estudiante en la Complutense denominó, con acierto insuperable, «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que

lo crió...». Respecto a tal discusión —en la que con tanta frecuencia se encuentran girones de intencionalidad ideológica— no cabe otra cosa que la respuesta presidida por la medida que otorga el saber. El historiador mexicano Miguel León Portilla ha planteado en la isla de Santo Domingo, con motivo de la reunión allí celebrada por las comisiones nacionales de España y de los países hispanoamericanos una propuesta para sustituir el término «Descubrimiento» que considera incorrecto, por el de «Encuentro», que es a todas luces inapropiado. La postura recuerda la que en su día planteó el gran historiador de la misma nacionalidad Edmundo O'Gorman en su libro *La idea del descubrimiento de América. Historia de esta interpretación y crítica de sus fundamentos* (1951), contestado por el hispanista francés Marcel Bataillon (*Bulletin Hispanique*, vol. LV, núm. 1, Burdeos, 1953) y, a su vez, vuelto a replicar por O'Gorman (*Bulletin Hispanique*, volumen LVI, núm. 14, Burdeos, 1954). No criticamos que se haya resucitado la polémica, puesto que ésta sigue siendo la esencia de la cultura hispánica, lo que resulta lamentable es que esa resurrección haya quedado teñida por acusaciones ideologistas, propias de intelectuales.

Ni México, ni León Portilla. por mucho que polemice, pueden quedar marginados —desde su punto de vista, incontaminados— en su relación con un proceso, o desafío histórico, universal, como es el descubrimiento. Como ha indicado con precisión el historiador Pierre Chaunu, descubrir es, ante todo, ensanchar el orbe, ampliar los límites del mundo mediterráneo, donde surgió la intencionalidad de «descubrir» lo que para el conocimiento de sus hombres permanecía ignorado; también descubrir significa ampliar conocimientos, rechazar el caos, como explicó en la ponencia presentada al Congreso del Infante don Enrique (Lisboa, 1960) el historiador británico G. G. I. Randles. ¿Desde cuándo descubre el hombre? Desde el momento que llevó a la acción, la intención de conocer. Precisamente por eso existe una «Historia de los Descubrimientos Geográficos», materia universitaria dedicada al conocimiento científico del proceso de las exploraciones que llevaban implícitas la intención de «descubrir». Ello ha originado publicaciones tan importantes como el gran tratado de L. H. Parias, o las valiosas obras de Cary y E. Warmington, por citar algunos ejemplos. Todos los archivos: españoles; portugueses, franceses, británicos, alemanes y norteamericanos son inmensamente

ricos en cartas, proyectos, documentos, planos, capitulaciones, memorias relativas al «descubrimiento». La misma idea persistente subyace en la inquietud del pensamiento intelectual del mundo antiguo y del medieval.

Se trata, pues, del desenvolvimiento de una idea de índole universal, que recogió en un frondoso libro Luis Matos (*La literatura de los descubrimientos*, 1959), demostrando la «enorme curiosidad del hombre del renacimiento por el descubrimiento de nuevos mundos...». Y es muy conocido el entusiasmo generado por la posibilidad de descubrir tierras, continentes, islas. Sabemos que el alemán Jerónimo Müntzer viajó a Lisboa desde Nüremberg, atraído por lo que había oído sobre los descubrimientos de los portugueses. Porque, desde mediados del siglo xv, los nuevos mundos, las tierras desconocidas y, en algunas oportunidades, presentidas, eran tema de conversación en toda Europa. Los nombres de quienes sentían tal inquietud intelectual son numerosísimos y pertenecen a todas las nacionalidades: Damião de Goes, Erasmo de Rotterdam, el obispo sueco Juan Magnus, el futuro cardenal Pietro Bambo. Fernández de Oviedo, Ramusio, Anglería, Andrés de Resende, Conrad Goelenius, Melachton, Vives, Moro... Los libros y folletos que aparecían sobre el tema, se reimprimían a través de toda la Europa latina, se traducían a las anglosajona y germánica. Los monarcas europeos patrocinan expediciones de descubrimiento, los nombres de los descubridores, ya en el campo de la acción histórica propiamente dicha, pertenecen a todos los acentos, aunque resulta justo decir, que el dominio de los españoles es aplastante.

Recuerda Chaunu que la historia de los descubrimientos fue escrita en tres etapas, cada una de las cuales coincide con una considerable crisis de conciencia: en España, bajo el choque de la Independencia, en torno a la década de los años 1820; a partir de 1870 en Europa, en la «ardiente exasperación de las pasiones nacionales», finalmente, en los decenios 1880 y 1890 en plena competencia por el reparto de Africa, cuando los derechos no se asentaban ni en procesos históricos, ni en instancias éticas, sino en la prioridad del descubrimiento y la inmediata y continuada ocupación. Por eso la historiografía contemporánea se ha hundido tan alegremente en la exaltación nacionalista histórico-retrospectivo, en torno a la cual se producen querellas como la apuntada.

No resulta, pues, un agravio ser descubierto, ni, en todo caso, resulta posible borrar los efectos producidos por el desenvolvimiento de la idea de descubrimiento a través de un proceso histórico, en el que a España le cupo la fortuna de participar con resultados ingentes, mediante la unidad de propósitos centrada en la Corona y el entusiasmo, el sacrificio y el heroísmo de un pueblo con medios técnicos y económicos indiscutiblemente pobres. Por otra parte, la toma de conciencia geográfica de una realidad, no implica una inevitable remodelación ontológica de lo americano. Es decir, la noción del conocimiento de América como continente, no supone una correlativa noción formuladora del ser de América. No es cierto que la idea de descubrimiento sea la piedra angular a partir de la cual se haya establecido el concepto de América. Ni tampoco puede negarse validez al término descubrimiento fundándose en una anterior realidad de la existencia histórica americana, que nadie niega. En el campo de la posibilidad resulta indudable que los americanos hubiesen podido descubrir a España y a Europa. Pero en el campo de lo real, resulta no menos evidente que no lo hicieron. Aceptemos, pues, lo que el proceso descubridor supone de solidaridad, comunicación y fraternidad, de apertura de una conciencia común, de creación de una identidad, no sólo de acción, sino también, y sobre todo, de ética espiritual creadora. Recordemos lo que escribió en ocasión memorable el gran historiador británico Arnold Toynbee: «el ideal de nuestra democracia occidental moderna, ha sido aplicar en la política la intuición cristiana de la fraternidad de toda la humanidad».

Este es, en rigor, el espíritu que presidió la creación de la Comisión Nacional para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento de América el 21 de abril de 1981, siendo presidente del Gobierno de la nación, don Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo. La filosofía unánime que informó desde su origen esa Comisión Nacional fue conseguir unificar, en la conmemoración, las voluntades, la conciencia, de los países afectados por lo que suponen quinientos años de vida en común y de relaciones en el campo de las relaciones internacionales y culturales. La conmemoración conjunta es un modo de Comunidad, en la cual la Corona simboliza la unidad de acción. Tal y como expresó S. M. el Rey don Juan Carlos I en su discurso ante la Comisión Delegada del Congreso Nacional de Venezuela, el 8 de septiem-

bre de 1977, mucho antes, pues, de ser constituida la Comisión Nacional española: «La Corona quiere ser punto de referencia, lazo de unión, cauce de diversidad, consagración del pluralismo, garantía última de la convivencia democrática»; o en su discurso en la sede del Acuerdo de Cartagena, en Lima, 24 de noviembre de 1978: «Si la Corona de España, históricamente, tiene un sentido de actualidad en un Continente que se descubrió en su nombre, lo tiene precisamente, con respecto a los deseos de integración que motiva vuestra existencia.»

La Universidad, como institución que se fundamenta en el principio de la libertad académica, manifestada en las libertades de cátedra, investigación y estudio, asume como tarea propia la nobilísima meta que se marca en los discursos de S. M. el Rey a efectos de conseguir el objetivo principal para el que fue concebida la Comisión Nacional para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América. Esta revista es la primera piedra y, sin duda, no será la última. Desde aquí se convoca a cuantos universitarios sienten en su corazón y en su inteligencia —a uno y otro lado del Atlántico hablando el mismo idioma— la urgencia de llevar a cumplimiento la nobilísima construcción de esa comunidad en el ámbito de las Universidades constituidas y desarrolladas en la misma tradición intelectual.